

enseñanzas de Caso “por haber ‘apadrinado’ demasiado al intuicionismo que había producido un efecto enervante entre los mexicanos, ‘gente perezosa e indecisa’ que más que nada requiere, según consejo del propio Ortega, la precisión en el pensamiento como condición indispensable del desarrollo intelectual” (p. 143; trad. esp., p. 162), así las generaciones posteriores al grupo “Hiperión” —cuya mención cierra el libro que comentamos— y aun algún miembro de éste, han vuelto las espaldas a la filosofía considerada como una manifestación cultural estrechamente vinculada a su circunstancia histórica y vuelven a concebirla como reflexión sobre problemas que carecen de “carácter local”. Como un nuevo movimiento positivista, las generaciones más jóvenes parecen empeñadas en lograr, aunque no utilicen el término, como lo hicieron los viejos positivistas, en “sajonizar el alma latina”. Se niega, en consecuencia, que el camino de la filosofía pase por la peculiaridad y se propone el abandono del campo del ensayo filosófico-literario, “para estrechar la relación con las ciencias, plantear problemas metodológicos nuevos y emplear conceptos científicos que rebasan necesariamente las posturas localistas”. Así, pues, Ortega y Heidegger han quedado atrás. Los jóvenes se han dado cuenta, de pronto, de la pobreza técnica con que venía ejerciéndose la filosofía, pobreza que permitió que “la fantasía filosófica se confundiera con la imaginación especulativa o . . . se recurriera a localismos más o menos protectores . . . advirtiéndose una inseguridad tremenda cuando se trata de encarar los temas clásicos de la filosofía”. (Cf. las ponencias de Luis Villoro y Alejandro Rossi en la Mesa redonda sobre “El sentido actual de la filosofía en México”, *Revista de la Universidad de México*, vol. XXII, núm. 5, enero de 1968, pp. II-V.)

Y una de las consecuencias de este viraje total en el concepto mismo de lo que la filosofía es, ha sido el que

libros tan meritorios como el de Romannell caigan en el olvido.

ELSA CECILIA FROST

*Invitación a filosofar según espíritu y letra de Antonio Machado*, por Juan David García Bacca. Mérida, Venezuela, Universidad de los Andes, 1967.

Este libro de Juan David García Bacca es un libro que, a pesar de su sugerente título, no será leído por los filósofos mexicanos jóvenes. Comprendo que una afirmación de este tipo puede resultar desconcertante, aventurada o ser atribuida, sencillamente, a un deseo de asombrar, pero no por ello deja de ser en este caso —lamentablemente— cierta. Y es que el autor parece haberse empeñado en escribir justo el tipo de libro que las nuevas generaciones condenan como “ensayo filosófico-literario”, alejadísimo por su tema —¡la filosofía de un poeta!— de todo cuanto ahora se considera filosofía *stricto sensu*. En efecto, por más que se recorran las páginas del libro y más vueltas que se le den, no es posible encontrar en él ninguna de las proposiciones caras al positivismo lógico, ningún intento de verificación de los enunciados, ningún propósito de romper el hechizo del lenguaje al modo de la filosofía analítica. Lo que sí aparece, en cambio, son los viejos temas de la filosofía, los “problemas seculares no resueltos por las secularmente llamadas soluciones y . . . los nuevos problemas a cuya solución no sólo no van a servir de nada las viejas, sino, de servir, lo serán de obstáculos” (p. 6). Y todo ello tratado a la manera de Machado, ya que García Bacca no pretende, según nos dice, otra cosa que imitar al poeta y escribir, como él, para el pueblo, “para nuestros pueblos hispano-americanos”, y para lo que de pueblo hay en todos los hombres.

La elección de Antonio Machado como punto de partida para unas reflexiones filosóficas resulta, por lo demás, muy natural. Pues, a diferencia de su hermano Manuel —el de la “musa escarolada, ardiente, jacarandosa”, que diría Ortega y Gasset—, en Antonio la poesía, la vida y la filosofía están estrechamente relacionadas. Se trata, a decir verdad, de una filosofía surgida, más que de las lecturas fundamentales y las disciplinas universitarias, de un fondo popular. “Las ideas del poeta —dijo Machado al ponerse a explicar su poesía— no son categorías formales, cápsulas lógicas, sino directas intuiciones del ser que deviene, de su propio existir; son, pues, temporales, nunca elementos ácronos, puramente lógicos. El poeta profesa, más o menos conscientemente, una metafísica existencialista, en la cual el tiempo alcanza su valor absoluto. Inquietud, angustia, temores, resignación, esperanza, impaciencia que el poeta canta, son signos del tiempo, y al par, revelaciones del ser en la conciencia humana.” Este poeta afirma que todo poeta tiene el deber de “crearse una metafísica que no necesita exponer, pero que ha de hallarse implícita en su obra” y, obrando en consecuencia, profetiza que “algún día se trocarán los papeles entre los poetas y los filósofos. Los poetas cantarán su asombro por las grandes hazañas metafísicas, por la mayor de todas, muy especialmente, que piensa el ser fuera del tiempo, la esencia separada de la existencia . . . Los filósofos, en cambio, . . . [pensarán] como los poetas, en el *fugit irreparabile tempus*. Y por este declive romántico llegarán a una metafísica existencialista, fundamentada en el tiempo. . .”. Pensaba, así, vagamente “en un poeta a lo Paul Valéry y en un filósofo a lo Martín Heidegger”. Nos encontramos, pues, en él, todos los temas tradicionalmente filosóficos: la incomunicabilidad esencial del hombre, la nada, el tiempo y la muerte. Machado es el poeta a quien nada le importa

que las cosas existan o no; lo que le importa, y mucho, es su desaparición. Tal es el tono del poeta de quien Ortega decía en un artículo (“Los versos de Antonio Machado”) que le dedica en 1912, que “empuja meditabundo el volumen de su canto como si fuera una fatal dolencia”, para terminar afirmando que en sus versos “revive la arcaica filosofía de Anaxágoras. . . según la cual yacen en cada cosa elementos de las sustancias que componen todas las demás”. Otros, en cambio, han encontrado en su obra “un tono estoico y senequista . . . que se apoya en la duda” (J. F. Cirre, *Forma y espíritu de una lírica española*, México, 1950, p. 20). Y por si la filosofía que hay implícita en cada uno de sus poemas fuera poco, Machado se inventó andando el tiempo un *alter ego*, el filósofo Juan de Mairena (que apoya a su vez sus teorías en su maestro Abel Martín), a quien encomienda la tarea de presentar su visión del mundo, permitiéndole filosofar a sus anchas sobre todo lo humano y lo divino.

Pero si resulta fácil explicar la atracción que Machado puede ejercer sobre un filósofo “profesional” y el porqué García Bacca se vio tentado a convertir las reflexiones del ficticio Juan de Mairena en el *leit motiv* de una sinfonía muy personal, no es igualmente fácil explicar lo que García Bacca ha logrado. Por una parte, es evidente que Machado se convierte en un magnífico pretexto para la elaboración de una filosofía muy personal que vendría a ser continuación y complemento de la expuesta en la *Metafísica natural estabilizada*, publicada hace unos cuantos años en la Colección de Diánoia. La obra de García Bacca no se reduce a un mero comentario o glosa de Machado como quizá pudiera pensarse por el título, sino que, tomando por cimientos algunas frases o poemas, construye una estructura tan sutil y ajustada en todas sus partes como la obra de un relojero. El libro se inicia, así, con una “antropología filosófica”, pasa

a una "teoría del pensar" que, a su vez, desemboca en una "ontología" que nos hace transitar con toda naturalidad a una "teología", que, a su turno, nos hará alcanzar la quinta y última parte del ensayo, el "humanismo". Pero el paso de una a otra parte del libro es, como digo, tan fluido que plantea el problema de cómo dar un ejemplo que muestre al posible lector su contenido, sin traicionar, al tiempo, ese contenido mismo. Nos encontramos, creo yo, ante un libro de una sola pieza, ante un todo orgánico que, como tal, tendría que citarse casi por completo so pena de malinterpretarlo. Este libro habría que leerlo de una sola sentada, ya que cualquier corte, cualquier interrupción, pueden arrebatar su sentido a las frases. ¡Y no digamos ya lo que haría una cita fuera de contexto!

Intentemos, a pesar de todo, señalar cómo desarrolla García Bacca el tema de una frase de Mairena en todas sus posibles direcciones. El libro se inicia con esta frase: "El que no habla a un hombre, no habla al hombre; el que no habla al hombre, no habla a nadie", que sirve para describir la peculiar situación del hombre Descartes (cf. el artículo de García Bacca en este mismo Anuario), "que intentaba pensar y decir 'yo'" y nos llevó, por este su intento, a ver que cualquiera puede ser Jehová, "cualquiera que caiga en cuenta de que 'yo pienso' implica . . . 'que yo existo' —que 'yo soy el que soy'" (pp. 10-11). Pero también nos dice lo que ocurrió cuando Plotino

se planteó el problema y cómo describe San Juan de la Cruz sus experiencias místicas mediante una "música verbal deliciosa, puesta a una letra deliciosamente vaga en conceptos" (pp. 13-4). Y después nos relata cómo llega el hombre —a través del habla— a ascender de animal racional a viviente político (pp. 17-8) y las consecuencias que acarrea el no hablar a nadie y su concomitante, el no ver a nadie (pp. 19-24), así como las no menos funestas consecuencias de interponer un abstracto, que es el medio más potente para aislar dos cosas, y cómo Hegel descubrió y nos demuestra que la Historia es la que nos permite llegar a reconocernos (pp. 25-26). Más adelante, tropezamos con el hombre griego, a quien Lucrecio alaba porque fue el primero que "se atrevió a verse por los ojos de Dios, a hacerse dios", postura que, por difícil, se perdió con el correr de los siglos y, al desaparecer, hizo que toda la teología cayera en garrafal confusión (pp. 26-31). Tal es, sumarisimamente, el contenido del primer capítulo, al que se eslabona el resto de la obra, no menos rico ni menos sugerente, para formar esa pieza sin junturas que es este libro. Lo que sorprende, sin embargo, es que toda esta riqueza conceptual pueda caber en tan pocas páginas, que el lector lee sin conciencia de esfuerzo, sino más bien casi como un juego, como una verdadera "invitación a filosofar".

ELSA CECILIA FROST